
anuario

Volumen 3 - Depto. de Ciencias de la Comunicación
Comunicación Social UNR

Psicoanálisis y Deconstructivismo: el mal de archivo como dislocación subjetiva

Cecilia Déborah Gorodischer
Prof. Adjunta Facultad de Psicología. UNR | Investigadora CIUNR
rosebud@satlink.com

Introducción

¿Por qué Derrida se interesa por Freud? ¿Qué es lo que encuentra en los conceptos y en los textos freudianos que lo invitan a reflexionar "fuera" del campo de la clínica psicoanalítica? Pero, ¿reflexiona "fuera" de la clínica? El "fuera" encomillado recuerda que desde la topología lacaniana, desde la cinta de Moebius, el fuera y el dentro son una misma superficie, cuando del aparato psíquico se trata. Pero si lo es cuando del aparato psíquico se trata, cuando de teorías se trata es necesario construir esa cinta de Moebius. Y del logro o del fracaso de dicha construcción se trata aquí: Psicoanálisis y Deconstructivismo serían el derecho y el revés que quiere ponerse a prueba.

Me interesa emprender con este artículo un recorrido por la obra derridiana para analizar en qué medida Derrida hace uso de los conceptos freudianos, cómo los manipula y recrea, con una pregunta directriz: ¿puede hacerse un camino de retorno desde esas manipulaciones, recreaciones, a la clínica psicoanalítica? ¿Sirven a la práctica clínica? ¿Y a la técnica? ¿Nos dicen algo nuevo sobre los textos clínicos, hablados o escritos, escuchados o leídos?

Voy a tomar en principio aquí, despreocupándome de la linealidad cronológica, "Mal de archivo", el de más reciente aparición, y que lleva como subtítulo: "Una impresión freudiana", adelantando de lo que se trata: la cuestión de la huella, de su inscripción y de la memoria en el psicoanálisis freudiano.

El libro comienza con un Exergo, continúa con un Preámbulo (en el que Derrida desglosa el significante "impresión" para hablar de los 3 sentidos que tiene para él la "impresión" freudiana); un Prólogo, en el que analiza e interpreta el último capítulo del libro de Yerushalmi, *El Moisés de Freud. Judaísmo terminable e interminable*, un monólogo que el autor entabla con Freud; una Tesis (que en realidad no es una, y por varias razones); y un Postscriptum, en el que continúa hablando de la Gradiva de Jensen (como lo hace en sordina a lo largo de todo el texto), por boca de Freud, y con su propia voz..

"Ni que decir tiene desde ahora que en todas partes, en particular en el psicoanálisis freudiano dice Derrida al comienzo del exergo- donde se intentara repensar el lugar y la ley según las cuales se instituye lo arcóntico, en todas partes donde se interrogara o se contestara, directa o

indirectamente, este principio arcóntico, su autoridad, sus títulos, y su genealogía, el derecho que él manda, la legalidad o la legitimidad que de él dependen, en todas partes donde lo secreto y lo heterogéneo vinieran a amenazar la posibilidad misma de la *consignación*, todo ello no podría dejar de tener graves consecuencias para una teoría del archivo así como para su puesta en obra institucional. Una ciencia del archivo debe incluir la teoría de esa institucionalización, es decir, de la ley que comienza por inscribirse en ella y, a la vez, del derecho que la autoriza. Ese derecho establece o supone un haz de límites que tienen una historia, una historia deconstruible y a cuya deconstrucción no habrá sido extraño el psicoanálisis; es lo menos que se puede decir."

¿De qué se trata, entonces? De una teoría del archivo que debe preguntarse por el principio arcóntico (comienzo y mandato; topos y nomología), e incluir su propia historia de institucionalización. Y en cuya deconstrucción el psicoanálisis no puede estar ajeno. El concepto de archivo trae a la memoria el nombre *arkhé*, en el sentido *físico, histórico, u ontológico*, es decir, a lo originario, a lo primordial, a lo principal, al comienzo. Pero también remite al *arkhé* en el sentido *nomológico*, como mandato. Y además remite al *arkheion* griego, como domicilio, residencia de los magistrados superiores, los *arcontes*, quienes como guardianes de los documentos oficiales que se guardaban en esas residencias, tienen también el poder de interpretar los archivos, es decir, de *decir la ley*. De ahí que el principio arcóntico signifique comienzo, mandato, lugar y ley.

Planteará tres hipótesis que tienen algo en común:

"Todas conciernen a la *impresión* que habría dejado a mi entender la *firma freudiana* sobre su propio archivo, sobre el concepto de archivo y de archivación, es decir, también, inversamente y de rebote, sobre la historiografía. Digamos por el momento *firma freudiana* para no tener que decidir entre Sigmund Freud, el nombre propio por una parte y, por otra, la invención del psicoanálisis: proyecto de saber, de práctica y de institución, comunidad, familia, domiciliación, consignación, "casa" o "museo", en el estado presente de su archivación. Lo que en nuestro problema está en juego se sitúa justamente *entre los dos*."

Acá Derrida revive, con su propia *firma* (como dirá más adelante *firma freudiana*), es decir, a su manera, el problema que había abierto Foucault en su famoso texto "¿Qué es un autor?", cuando en referencia al saber, a la acumulación de saber y al avance de la ciencia en el terreno de "lo humano y lo social" dice que no podemos dejar atrás al nombre de quién se trate: Freud, o Marx. Podemos olvidarnos del nombre de Newton o de Einstein para hablar del pasaje a la teoría de la relatividad, pero no podemos dejar de lado el nombre de Freud, o su biografía, para hablar sobre la estructura del sujeto.

El nombre propio y la producción teórica no pueden separarse, permanecen en un movimiento de alienación/separación que trae sus consecuencias en la práctica. Por nombrar sólo algunas: fenómenos de masa, identificaciones, fenómenos de segregación.

En una teoría del archivo *firma freudiana* implica sujeto (nombre), y producto (invención del psicoanálisis). Y esta teoría del archivo pregunta sobre el propio archivo del psicoanálisis, sobre el concepto de archivo y de archivación.

Todo archivo, dice Derrida, es a la vez *instituyente y conservador*, revolucionario y tradicional, económico en el doble sentido de guardar,

ahorrar, pero haciendo la ley (nomos) o haciendo respetar la ley, no de un modo natural. Y, sorprendentemente, toma dos citas que vinculan dos lugares de *inscripción*: la *impresión* y la *circuncisión*. Una inscripción pública y una inscripción privada. La cuestión del archivo, para él, es una cuestión del afuera.

La inscripción pública se refiere a la primera cita, tomada de "El malestar en la cultura", en la que Freud confiesa su desazón por estar gastando papel y tinta, trabajo y tinta del impresor, en reproducir "cosas archisabidas", cosas que caen por su propio peso, pero en una retórica que conduce a otra parte: al reconocimiento de la pulsión de muerte, que modifica la doctrina psicoanalítica de las pulsiones, y que justifica, entonces sí, la *impresión* del texto. Y la pulsión de muerte es muda, obra siempre en silencio, destruyendo su propio archivo por adelantado: "Trabaja *para destruir el archivo: con la condición de borrar*, mas también *con el fin de borrar* sus "propias" huellas & la pulsión de muerte es, en primer lugar, *anarchivística*, se podría decir, *archivolítica*. Siempre habrá sido destructora del archivo, por vocación silenciosa." Salvo, excepcionalmente, cuando se disfraza en bellas impresiones, en la belleza de lo bello, como "memorias de la muerte".

El archivo nunca va a ser la memoria; al contrario, el archivo tiene lugar en el desfallecimiento originario y estructural de la memoria, por eso no hay archivo sin repetición y sin una cierta exterioridad. Lo que trae una paradoja: no hay archivo sin consignación en algún lugar exterior que asegure la repetición. Pero la repetición misma, la lógica de la repetición, e incluso de la compulsión de la repetición, es indisociable de la pulsión de muerte. "El archivo trabaja siempre y *a priori* contra sí mismo."

Sobre la archivación del archivo freudiano, Derrida plantea dos órdenes de cuestiones: uno, en relación al objeto del psicoanálisis y otro, concerniente no sólo al objeto teórico del psicoanálisis sino a la archivación del psicoanálisis mismo (su vida, sus actos, su práctica institucional y clínica, sus aspectos jurídico-editoriales, académicos y científicos de los problemas de publicación o de traducción). Lo que desprende de aquí es que

"&el archivo, como impresión, escritura, prótesis o técnica hipomnémica en general, no solamente es el lugar de almacenamiento y conservación de un contenido archivable *pasado* que existiría de todos modos sin él, tal y como aún se cree que fue o que habrá sido. No, la estructura técnica del archivo *archivante* determina asimismo la estructura del contenido *archivable* en su surgir mismo y en su relación con el porvenir. La archivación produce, tanto como registra, el acontecimiento. Esta es también nuestra experiencia política de los media llamados de información."

Así que la técnica archivadora no sólo determina la manera en que se conserva un material determinado sino que condiciona asimismo el material mismo, la institución del acontecimiento archivable. Conserva e instituye.

Sobre el *Monólogo con Freud* de Yerushalmi

En cuanto a la inscripción privada, la circuncisión, Derrida cita la dedicatoria que el padre de Freud le escribe a su hijo en su cumpleaños número 35, en una biblia que le regala, en Viena, el 6 de mayo de 1891. Y no en cualquier biblia, sino en aquella que usaba Freud cuando la estudiaba en su juventud. Se la restituye, entonces, con una nueva encuadernación en cuero, y escribe lo siguiente:

Hijo que es querido para mí, Shelomoh.

En el Séptimo entre los días de los años de tu vida el Espíritu del Señor comenzó a moverte

Y habló dentro de ti: Anda, lee en mi Libro que he escrito

Y se abrirán repentinamente para ti los manantiales del entendimiento, el conocimiento y la sabiduría.

Mira, éste es el Libro de los Libros, del cual excavaron los sabios

Y los legisladores aprendieron conocimiento y justicia.

Una visión del Todopoderoso tuviste; escuchaste y te empeñaste en hacer,

Y te remontaste en las alas del Espíritu.

Desde entonces el libro ha estado depositado como los fragmentos de las Tablas

En un arca junto mí.

Para el día en que tus años completaron los cinco y treinta

Le puse una cubierta de nueva piel

Y lo llamé: "¡Mana, oh pozo, y vosotros cantadle!"

Y te lo obsequié como recuerdo

Y señal de amor de tu padre

Quien te ama con eterno amor. Jakob Hijo de R.Shelomo Freid (sic)

En la ciudad capital, Viena, 29 Nisan 5651, 6 de mayo de 1891.

Esta cita está tomada del texto de Yerushalmi, *El Moisés de Freud. Judaísmo terminable e interminable*, y forma parte de su último capítulo, el *Monólogo con Freud*. Derrida le dedica todo el Prólogo de su *Mal de archivo* al análisis de este *Monólogo*, y es ese análisis el que le permite internarse en la "deconstrucción psicoanalítica" de lo que es un archivo.

Derrida lee en esta dedicatoria un nuevo pacto que renueva, inaugural y recurrentemente, el de la circuncisión, por dos indicios: porque la cita recuerda figuradamente la circuncisión de Sigmund Freud ("&en el séptimo entre los días de tu vida"); y por la "piel nueva" con la que recubre la biblia antigua, que recordaría la nueva piel descubierta por la circuncisión. Todo el prólogo del *Mal de archivo* derridiano estará dedicado a analizar el llamado *Monólogo con Freud* del texto de Yerushalmi, "escuchando" el texto y preguntándole a su autor los por qué de sus hipótesis, de sus afirmaciones, tomando párrafos puntuales y deteniéndose en significantes claves. ¿Es una escucha analítica? Sí, lo es a mi criterio, entre otras cosas porque se detiene en los significantes, en las palabras, más que en sus sentidos habituales, cotidianos, congelados, abriendo así a una cadena de enunciación. Hasta da la impresión, por momentos, que el texto de Yerushalmi, este presunto monólogo, habla sin saber lo que dice, se sorprende frente a las intervenciones derridianas&y se escucha, por primera vez.

Analizando, interpretando, Derrida sitúa una genealogía deseada por el autor (ser el padre de Sigmund Freud; sellar un pacto único y secreto con él que lo haría heredero también único pero no secreto), señala la estrategia de Yerushalmi de incluirlo a Freud (Sigmund) en un "nosotros" que el muerto no puede no aceptar, convirtiéndose así en su necesario sucesor. Pero no siendo ni analista ni historiador, pidiendo una excepcionalidad que el interpretador no puede comprender. ¿De qué se trata en ese pedido de excepcionalidad?, pregunta el analista.

Derrida considera este *Monólogo* como heterogéneo con respecto al libro y determinando retrospectivamente todo lo que lo precede. Estas dos singularidades estructurales le dan un lugar a esta carta, que van a permitirle a Derrida leerla como peculiar archivo:

"Todo el libro está comprendido de antemano, como arrastrado, aspirado, engullido en el elemento abismal del *Monólogo* del que constituiría una especie de largo prefacio, un exergo, un preámbulo o un prólogo. El verdadero título del libro, su título más apropiado, su verdad, sería efectivamente *Monólogo con Freud*. Señalémoslo al menos a título de archivo: para recordar que no podría haber archivación sin título (por tanto, sin nombre y sin principio arcóntico de legitimación, sin ley, sin criterio de clasificación y de jerarquización, sin orden y sin orden, en el doble sentido de esta palabra)."

Tomar el doble sentido de la palabra "orden", (agregaría el "por lo menos doble" porque quién puede numerar una cadena infinita) es una estrategia derridiana que da la marca, el sello analítico a sus interpretaciones. El desapego del significado del significante no es nunca olvidado por Derrida, y le permite "escuchar" los textos analíticamente. "Orden" significa orden, y orden, y seguramente otros "orden".

El/la orden: porque para Derrida, Yerushalmi habla desde el lugar del *otro*, del archi-patriarca del psicoanálisis, del Jakob Freud, y desde allí, en nombre de todos los archi-patriarcas de la historia judía.

Yerushalmi le pregunta a Freud en su *Monólogo* si el psicoanálisis es una ciencia judía. No es una pregunta cualquiera. Primero, porque es la pregunta que cierra el *Monólogo*, dando así *après coup* un nuevo sentido al texto. Segundo, por las consideraciones que abre la cuestión de la ciencia, del judaísmo, del porvenir de ambas y de la indecibilidad del por-venir. Y finalmente, porque el *Monólogo* concluye con la promesa de Yerushalmi de guardar el secreto de la respuesta freudiana, lo que tiene consecuencias también sobre lo que da para pensar sobre el archivo, sobre los arcontes, y sobre el deseo del autor en relación a ambos.

Derrida señala que él, Yerushalmi, piensa sin duda que sí, y su libro tiene a demostrarlo. Pero por boca de Freud esto no quedó resuelto y "el fantasma de Freud no responde".

Pero como el texto de Yerushalmi termina con una promesa de no revelar el secreto que Freud le confía, queda también como un incógnita si no será que efectivamente Freud "le dio el sí", afirmación que quedará para los archivos personales del autor, pero no para los archivos públicos, publicables. De aquí se desprenden conclusiones para el pasado y para el futuro del archivo. En cuanto al pasado, Derrida relee tres equivocaciones que Freud hace con Lichtenberg (buscando su apoyo), cuando considera que el progreso de la razón y de la ciencia vienen de la mano del patriarcado. La primera equivocación es afirmar que no puede dudarse de la identidad de la madre,

porque esa identificación dependería de los sentidos. Hoy se sabe que la maternidad es tan construida como la paternidad, por las posibilidades de madres de alquiler, bancos de esperma, inseminaciones artificiales, y el progreso de la tecnología bio-genética. La segunda equivocación es creer con Lichtenberg que la paternidad es tan incierta como saber si la luna está habitada, cosa que ya sabemos que no. Y la tercer equivocación es extraer de todos estos errores la conclusión de que "el paso al patriarcado habría marcado el triunfo civilizador de la razón sobre la sensibilidad, de la ciencia sobre la percepción."

En relación a las consecuencias que la afirmación freudiana sobre si el psicoanálisis es una ciencia judía tiene sobre el porvenir del archivo, Yerushalmi recurre a una carta que Freud le mandó a Enrico Morselli en 1926 (archivo privado) en donde dice que si el psicoanálisis fuera un producto del espíritu judío, no se avergonaría de ello. De ahí, Yerushalmi quiere que Freud le diga, 65 años después, que ha llegado a creer en eso. Es, dice Derrida, que Yerushalmi quiere la última palabra, la última voluntad, la última firma de un padre ya muerto:

"Comprometiendo a un muerto, ya no estaría sometido a los cálculos estratégicos, a las denegaciones del Freud vivo y a las retractaciones del fundador de un psicoanálisis expuesto a todas las violencias antisemitas."

Pero como antes, unos renglones más arriba, Yerushalmi había dejado sentado que las definiciones de ciencia y de judío serían establecidas más adelante, en el futuro, cuando se hayan realizado muchas investigaciones, también deja indeterminable la terminabilidad del judaísmo y del psicoanálisis, y además que "esto lo sabremos suponiendo que ello sea alguna vez objeto de saber", produce un quiebre epistemológico que consistiría en que, hasta el *Monólogo*, el autor se presenta como un historiador "objetivo", externo a su objeto, ni judío, ni psicoanalista, tratando al archivo psicoanalítico como un dato sobre el que no tiene ninguna prerrogativa ni el judío ni el psicoanalista. Para Derrida esto es impensable:

"&esta ciencia, este *proyecto* de ciencia como mínimo, que se llama psicoanálisis, pretende transformar el estatuto mismo del objeto del historiador, la estructura del archivo, el concepto de "verdad histórica", incluso de ciencia en general, los métodos de desciframiento del archivo, la implicación del sujeto en el espacio que pretende objetivar, y especialmente la topología de todas las barreras internas/externas que estructuran este sujeto y hacen de él mismo un lugar de archivo en relación al cual ninguna objetivación es pura, ni en verdad rigurosamente posible, es decir, completa y terminable."

Y agrega:

"Querer hablar del psicoanálisis, pretender hacer la historia del psicoanálisis desde un punto de vista puramente a-psicoanalítico, puro de todo psicoanálisis, hasta el punto de creer borrar de ella las huellas de toda impresión freudiana, es como si se reivindicase el derecho de hablar sin saber de lo que se habla, sin ni siquiera querer oír hablar de ello."

Este es el punto álgido del análisis derridiano del texto de Yerushalmi: el historiador se resiste a ser psicoanalista y se resiste a *no* ser psicoanalista. Más aún, parece querer guardarse como de la peste de pertenecer al linaje de los psicoanalistas franceses, dice Derrida.

Dos ejemplos cita que muestran "ese doble estatuto de historiador que se resiste sin querer resistirse a ser psicoanalista sin serlo", para mostrar en el segundo lo que interesa: la docilidad diferida de Yerushalmi respecto a Freud (habiendo pasado la obediencia "retardada" de la que habla Freud en *Totem y Tabú*, y aquélla que Yerushalmi señala de Freud en relación a su padre, Jakob, cuando escribe *Moisés y la religión monoteísta* y vuelve entonces a sumergirse en el estudio de la Biblia como en su primera infancia). Derrida describe este tiempo de repetición con las palabras de Yerushalmi para Freud: también él (Yerushalmi) se dirige con tardanza al fantasma de Freud con respeto filial; se sumerge en el estudio intensivo de la Biblia; y preserva su independencia, "imitando un parricidio doblemente ficticio, discute ásperamente con un maestro cuyas reglas y premisas psicoanalíticas acepta."

Pero, dice Derrida, el fantasma no responde, y no lo hará jamás (como Yerushalmi no lo ignora), primero porque ya había respondido, por ejemplo a Morselli 65 años antes. Segundo porque está en posición de haber ya, *siempre* respondido. Tercero, porque es un fantasma, un muerto. Y porque es el fantasma de un analista, analista que debe retirarse hacia ese lugar del muerto, desde el cual deja hablar, para dar la palabra al paciente, según la enseñanza de Lacan. Sin embargo, aunque no responda, habla. Habla aunque más no sea disponiendo de una respuesta al modo del contestador automático, y suponiendo que un vivo responda alguna vez de un modo totalmente "vivo", sin automatismos, "sin que una técnica del archivo desborde jamás la singularidad del acontecimiento".

Y queriendo hacer justicia, Derrida le da la razón a Freud, en este *Monólogo* que en verdad deja lugar a la palabra del otro, de Freud, a quien afortunadamente no se lo priva de su derecho a la palabra. Y tiene razón Freud, porque Yerushalmi se equivoca cuando supone que el acto de memoria o archivación, por un lado, y la represión, por el otro, son dos mecanismos irreductibles (y eso supone cuando dice que si efectivamente el pueblo judío hubiera asesinado a Moisés lo recordaría y la archivaría, y no lo hubiera reprimido como señala Freud).

"Como si precisamente no se pudiera recordar y archivar lo mismo que se reprime, archivarlo reprimiéndolo (ya que la represión es una archivación), es decir, archivar *de otro modo*, reprimir el archivo archivando la represión; *de otro modo*, por supuesto, y éste es todo el problema, distinto de los modos de archivación corriente, consciente, patente; *de otro modo*, es decir, según las vías que han apelado al desciframiento psicoanalítico, en verdad, al psicoanálisis mismo."

Porque lo que importa es que Freud ha pretendido que el asesinato de Moisés *efectivamente* ha dejado archivos, documentos, síntomas, en la memoria judía y en la memoria de la humanidad, sólo que estos archivos no son legibles según las vías de la "historia ordinaria", y allí radica todo el interés del psicoanálisis. Sólo que Yerushalmi hace una prueba de falta de archivo basándose en las normas clásicas de ausencia/presencia, de actualmente presente, sin considerar los archivos *inconscientes*, y más generalmente, los archivos *virtuales*. Lo que cuenta es la actualidad y la efectividad de la intención de matar, y eso no está nunca puesto en duda. Hubo intento *efectivo* y *actual* de asesinato, que sólo un accidente impidió (según la cita del Midrash que Yerushalmi trae para demostrar que no se trató de un acto sino sólo de una intención). Por otra parte, "el asesinato comienza en la intención de matar &(y) el inconsciente ignora la diferencia entre lo virtual y lo actual, la intención y la acción."

Dice Derrida que habrá "una gran conmoción en nuestro archivo conceptual y de cruzar en él una "lógica del inconsciente" con un pensamiento de lo virtual que ya no esté limitado por la oposición filosófica tradicional del acto y la potencia." Lo dice en futuro, pero su lectura está ya implicada en esa conmoción, porque efectivamente le señala a Yerushalmi que el asesinato de Moisés se realizó, fuera de la lógica del acto y la potencia, en una lógica del inconsciente regida por el proceso primario y por el más allá del principio del placer, esto es, la pulsión de muerte.

Para Derrida el *Monólogo* de Yerushalmi pone en escena una repetición de todo lo que dice Freud tanto del retorno de los fantasmas como del "tenso antagonismo entre Padre e hijo", repetición que testimonia esa "verdad histórica" de la que habla Freud en su texto sobre Moisés, distinguiéndola de la "verdad material".

"Lo que confirma o demuestra una cierta verdad del *Moisés* de Freud no es el libro de Freud ni los argumentos que en él se desarrollan con más o menos pertinencia. Tampoco es el contenido de esta "novela histórica"; es la escena de lectura que provoca y en la que el lector se encuentra inscripto de antemano. Por ejemplo, en un *monólogo ficticio* que, leyendo, contestando e interpellando a Freud, repite ejemplarmente la lógica del acontecimiento cuyo espectro había sido descrito" (subr.mio)

Y lo que esta repetición enseña es

"que la interpretación del archivo (aquí, por ejemplo, el libro de Yerushalmi) no puede aclarar, leer, interpretar, establecer su objeto, a saber, una herencia dada, más que inscribiéndose en ella, es decir, abriéndola y enriqueciéndola lo bastante como para hacerse sitio en ella de pleno derecho. No hay meta-archivo. El libro de Yerushalmi, incluido su monólogo ficticio, pertenece en adelante al *corpus* de Freud (y de Moisés, etc.) cuyo nombre también *porta*. El hecho de que este *corpus* y este nombre sigan siendo asimismo espectrales quizá constituya, en efecto, una estructura general de todo archivo. Incorporándose el saber que se desarrolla respecto a él, el archivo aumenta, engrosa, gana en *auctoritas*. Pero pierde al mismo tiempo la autoridad absoluta y meta-textual a la que podría aspirar. Nunca se lo podrá objetivar sin resto, El archivero produce archivo, y es por esto por lo que el archivo no se cierra jamás. Se abre desde el porvenir."

No hay meta-archivo, entonces, como no hay metalenguaje. Hay una pertenencia a un *corpus* según se acepte una tradición, una herencia, una pertenencia a un linaje (discursivo, más que teórico; de lenguaje más que dialectal), pertenencia que Derrida interpreta en Yerushalmi como sintomática, porque Yerushalmi quiere pero no quiere. Lo que seguro quiere, es una exclusividad absoluta con Freud, pero, al mismo tiempo, no quiere quererlo.

A mi criterio, que el libro de Yerushalmi forme parte de este *corpus*, entonces, depende de que ese escollo que el mismo Derrida interpreta, se resuelva de una manera que lo reconduzca a esa herencia, que la acepte, como una más, como un judío más, como un psicoanalista más. No Uno, ni Único.

El carácter espectral de todo archivo, el que nunca se lo pueda objetivar sin resto, el que nunca se cierre y que siempre se abra desde el porvenir, forma parte de la lógica del inconsciente, no ya de una lógica del acto y la potencia. Una lógica del inconsciente freudiana y lacaniana (con su herencia, con su archivo heideggeriano), en la que el tiempo del que se trata es el futuro anterior, el progreso es *après coup*, y el objeto *a* es el producto de una

operación que no puede ser sin resto.

Derrida dice que en todo cuanto se refiere a la repetición en su relación con la memoria y el archivo es del porvenir de lo que se trata, no del pasado. Porque el archivo es una experiencia irreductible del porvenir (por-venir, incluso, separa Derrida en otros párrafos, para señalar la literalidad de la palabra). Y señala tres puertas del porvenir en el *Monólogo con Freud*.

La última puerta es para Derrida la que se abre con la última frase del libro y su promesa de un secreto guardado ("Se lo ruego, querido profesor, dígamelo, prometo no revelarle a nadie su respuesta"). Es una puerta a preguntas tales como qué ocurre cuando un historiador promete guardar el secreto en relación con un archivo todavía por establecer; quién hace esto; a quién se lo promete; ante quién; ante qué ley; ante qué espectro.

La segunda puerta deja abierta al porvenir la definición de la judeidad y la definición de la ciencia, "suponiendo (dice Yerushalmi) que ello sea alguna vez objeto de saber". Y Derrida cita el pasaje: "Profesor Freud, llegado a este punto, me parece fútil preguntarle si el psicoanálisis es, en efecto, genéticamente o estructuralmente, una ciencia judía; esto lo sabremos, suponiendo que ello sea alguna vez objeto de saber, sólo después de mucho trabajo. Mucho dependerá, por supuesto, del modo como se deberán definir los términos mismos de *judío* y *ciencia*." Que las dos definiciones dependan del porvenir no es tan grave para Derrida, como suponer que es posible que en el porvenir esto ya no dependa de un saber teórico, porque esta suspensión epocal supone una energía del pensamiento de virtualidad. Porque la condición para que el por-venir siga siendo tal es que no sea conocido, que no sea cognoscible.

Y la tercer puerta es la que se abre cuando Yerushalmi dice que lo propio de la judeidad es no sólo un anhelo, una esperanza en el porvenir, sino "la anticipación de una esperanza específica en el porvenir":

"El ser-judío y el estar-abierto-al-porvenir sería una misma cosa, la misma única cosa, la misma cosa como unicidad y no se podría disociar lo uno de lo otro. Estar abierto al porvenir sería ser judío."

Pero la extraña atribución consiste para Derrida en que a Israel, y sólo a Israel, le correspondería la inyunción de la memoria. Derrida considera que esa atribución exclusiva causa temblor, por su injusticia, por la injusticia que se comete en nombre de la justicia. Tiembla por la violencia que implica la constitución misma de lo *Uno* y lo *Único*:

"El reunirse consigo mismo de lo Uno nunca sucede sin violencia, ni la autofirmación de lo único, la ley de lo arcóntico, la ley de *consignación* que ordena el archivo. La consignación va siempre acompañada de esta presión excesiva de la cual la represión y la supresión son cuando menos figuras suyas&Desde que hay lo Uno, hay asesinato, herida, traumatismo. *Lo Uno se guarda de lo otro*"

Pero además de la violencia que genera lo Uno contra lo otro, está la violencia de lo Uno contra la alteridad o la diferencia de sí, la diferencia consigo: "Lo Uno como lo Otro", dice Derrida, la auto-determinación como violencia.

Violencia instituyente que no puede afirmarse y comprometerse más que en la

repetición, esa repetición ligada con el por-venir, con la memoria y con el archivo. Porque, señala Derrida, no hay en Freud una alternativa entre porvenir y pasado, ni entre "esperanza" y "desesperanza", lo judío y lo no judío, sino que uno es condición de otro. Y también lo Otro es condición de lo Uno. Si es el porvenir el que va a develar lo que es "ciencia" y lo que es judío", Yerushalmi da por supuesto qué significa porvenir, precomprensión que para Derrida abre a un problema ligado al psicoanálisis en sus raíces: la lógica del *après coup*, la pregunta sobre si es necesario un primer archivo para pensar la archivabilidad originario; en fin, la cuestión de la obediencia "diferida", que Yerushalmi interpretaba en Freud y Derrida en Yerushalmi.

Entonces, no hay porvenir sin repetición, no hay porvenir sin la violencia edípica que se sobreimprime en la institución arcóntica del archivo; y no hay porvenir sin la pulsión de muerte, sin este mal que es el *mal de archivo*.

Tesis de Derrida

Finalmente, la tesis de Derrida, una tesis acerca de las tesis de Freud, diría:

"& todas las tesis freudianas están resquebrajadas, divididas, son contradictorias, como los conceptos, comenzando por el de archivo. Todo concepto funciona así: dislocándose siempre pero nunca hace uno consigo mismo. Lo mismo pasa con la tesis que propone y dispone los conceptos, la historia de los conceptos, su formación tanto como su archivación."

Para Derrida la estructura del archivo es *espectral*, porque no está ni presente ni ausente, ni visible ni invisible; es una huella que siempre remite a otro cuya mirada no podríamos cruzar. El motivo espectral escenifica esa fisión diseminante propia del principio arcóntico, del concepto de archivo, y del concepto en general.

Y también la verdad es *espectral* para Freud, lee Derrida en la *Gradiva* de Jensen de Freud y en el *Moisés* freudiano, en donde *hay una verdad del delirio*, una verdad de la locura o del asedio, asedio del que ni Freud ni Marx fueron ajenos, ni del intento de conjurarlos.

"El discurso de Freud sobre el archivo, y he aquí la tesis de las tesis, parece, pues, dividido. Como su concepto del archivo. Toma dos formas contradictorias. Por ello decimos y esta declaración podría siempre traducir una confesión- *mal de archivo*. Se deben poder encontrar huellas de esta contradicción en toda la obra de Freud. Tal contradicción no es negativa, escande y condiciona la formación misma del concepto de archivo, y del concepto en general allí donde éstos portan la contradicción."

El *mal de archivo* o la *perturbación de archivo* de Freud son los mismos que los de nuestros días, en sus más pequeños síntomas o en las grandes tragedias holocásticas de nuestra historia moderna. La palabra archivo es hoy para Derrida de lo más perturbador y turbio, porque se encuentra en ese espacio entre lo privado y lo público, entre la familia, la sociedad y el Estado, entre sí mismo y sí mismo, entre secretos, complots, clandestinidades y conjuras.

El psicoanálisis está metido en este turbio asunto del archivo, porque quiere analizarlo pero también porque lo acrecienta.

He aquí, entonces, las 3 *más una* tesis derridianas, tres sobre el concepto de archivo y una sobre el concepto de concepto. Cada tesis tiene asimismo su sobrepuja, señalando en acto la dislocación subjetiva que impone el mal de

archivo, la pulsión de muerte.

La primera tesis sostiene que

"Freud ha hecho posible el pensamiento de un archivo propiamente dicho, de un archivo hipomnémico o técnico, del soporte de lo subyectil (material o virtual) que, en lo que ya es un *espaciamiento* psíquico, no se reduce a la memoria: ni a la memoria como reserva conciente, ni a la

memoria como rememoración, como acto de recordar."

Pero, por otra parte, pese al recurso a un modelo auxiliar, Freud mantiene un principio *arqueológico*, es decir, una primacía de la "memoria viva y de la anámnesis en su temporalización originaria".

"De ahí la sobrepuja arqueológica por la cual el psicoanálisis, en su mal de archivo, intenta siempre volver al origen vivo de aquello mismo que el archivo pierde guardándolo en una multiplicidad de lugares."

Ambos, archivo y arqueología, están siempre en una relación bilocada, heterogéneos, incompatibles en cuanto al origen, en cuanto al *arkhé*.

El recurso a la arqueología lo lleva a Derrida hasta Hanold, el personaje de "La Gradiva" de W. Jensen. De W. Jensen y de Freud, cuando apropiándose de Hanold y de Zoe, hasta el punto de olvidarse que son personajes de ficción, Freud analiza sus sueños y sus deseos. Pero, dice Derrida que estas ideas de excavación se remontan en Freud a "La etiología de la histeria", y que puede rastrearse en la obra freudiana, iluminada ahora por ese instante que señala, artero, Derrida: ese instante en el que Freud sueña, cuando el éxito de la excavación borra la necesidad del archivo. Allí, *el origen habla entonces de sí mismo*, apareciendo el *arkhé* sin archivo, "en directo, sin mediación".

La segunda tesis dice así:

"*Por una parte* el archivo se hace posible por la pulsión de muerte, de agresión y de destrucción, es decir, tanto por la finitud como por la expropiación originarias. Pero, más allá de la finitud como límite, hay, decíamos más arriba, ese movimiento propiamente *in-finito* de destrucción radical sin el cual no surgiría ningún deseo o mal de archivo. Todos los textos de la familia y de la época de *Más allá del principio del placer* explican, en el fondo, por qué hay archivación y por qué la destrucción anarquivante pertenece al proceso de archivación y produce aquello mismo que reduce, a veces a cenizas, y más allá."

Pero, al mismo tiempo, Freud se comporta como un iluminista clásico, pretende no creer en la muerte, ni en la existencia del espacio espectral. Pretende reducir la creencia en el fantasma; "cree que no se puede no creer y que se debe no creer en ello". Eso explica la sobrepuja arqueológica que cuenta con la efectividad originaria de una percepción inmediata. En esta puja y sobrepuja, Freud se debate.

Y la tercera tesis sostiene:

"*Por una parte*, nadie ha aclarado mejor que Freud eso que hemos llamado el principio arcóntico del archivo, lo que en el archivo supone no el *arkhé* originario sino el *arkhé* nomológico de la ley, de la institución, de la domiciliación, de la filiación. Nadie ha analizado mejor que él, vale decir

también deconstruido, la autoridad del principio arcóntico. Nadie ha mostrado mejor que él cómo ese principio arcóntico, es decir, paterno y patriárquico, no se planteaba más que repitiéndose y no (re)aparecía para re-ponerse más que en el parricidio. (Re)aparece en el parricidio reprimido o suprimido, en el nombre del padre como padre muerto. Lo arcóntico es, en el mejor de los casos, la toma de poder del archivo por los hermanos. La igualdad y la libertad de los hermanos. Una cierta idea, vivaz aún, de la democracia."

Y su sobrepuja: Freud ha repetido sin embargo la lógica patriarcal. Ha señalado que el derecho patriarcal marca el progreso de la razón. E incluso sus herederos, los psicoanalistas, se han unido para seguirlo. Y Derrida se pregunta (y no está solo en su pregunta) si acaso sus hijos, sus hermanos, pueden hablar por sus propios nombres, aún hoy. Todavía.

Post-scriptum

El Post-scriptum de *Mal de archivo* presenta la *más una* tesis, acerca del concepto del concepto, de la mano de la *Gradiva* de Jensen, porque, ¿quién puede ilustrar mejor esta sobrepuja en el mal de archivo?, se pregunta Derrida.

"Cuando quiere explicar el asedio del arqueólogo por un lógica de la represión, en el momento mismo en el que precisa que quiere reconocer ahí una semilla o una parcela de verdad, Freud pretende aún descubrir un origen más originario que el del espectro."

Freud quiere ser un archivero más arqueólogo que el arqueólogo de cualquier clase, de la literatura o de la ciencia objetiva clásica. Freud quiere una impresión que no se distinga de la presión del paso que deja su marca, que casi no sea archivo: "un archivo sin archivo, allí donde, indiscernible de repente de la impresión de su impronta, ¡el paso de Gradiva habla de sí mismo!".

Y Hanold es aquel que busca esas huellas en sentido literal, aquella huella que no se distinga ya de su soporte, dice Derrida.

Sin embargo, esta unicidad no existe. Por eso el *mal de archivo*, por esa dislocación que produce la huella archivante, esa dislocación que divide la unidad.

La impresión freudiana

Quisiera terminar con las por lo menos tres sentidos que Derrida le da al término *impresión*, el término que forma parte del título de su ensayo. Porque muestra nuevamente ese rasgo analítico que señalamos más arriba, el de disponer de la no correlación signifiante/significado, el de discurrir por la cadena asociativa sin perder el rumbo, porque es ella la que lo marca.

El primer sentido sería el de la impresión *escritural o tipográfica*, la de una inscripción que deja una marca en un soporte. Este es un problema fundamental en psicoanálisis, tema central de la *Metapsicología*.

El segundo sentido es el que se opone a concepto, *impresión* como lo vago o lo impreciso, la relativa indeterminación de un noción. Y es que no tenemos un concepto de "archivo", es sólo una noción, una impresión. Ciertamente, el psicoanálisis freudiano propone una teoría del archivo cuando dibuja una tópica de lo inconsciente y una pulsión de muerte, pero al mismo tiempo es una teoría más cerca de la promesa y el porvenir que de registro del pasado.

Y el tercer sentido es "la impresión *dejada* por Sigmund Freud, por el acontecimiento que porta este apellido, la *impresión* casi inolvidable e irrecusable, innegable que Sigmund Freud le habrá *hecho* a cualquiera que, después de él, hable *de él o le hable*".

Esta impresión dejada por Freud es la que aún se escucha resonar en el decir derridiano. Es lo que despierta la pasión analítica, queriendo preguntar más sobre este mal, que renueva la dislocación subjetiva freudiana, apuesta verdadera contra las diversas formas de unicidad absoluta.

Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación

[anuario@fcpolit.unr.edu.ar]

Directora del Departamento: Lic. Sandra Valdetaro